

30
céntimos

**Los Ases
del Toreo**

por

**UNO AL
SESGO**

Ediciones Lux
Aribau, 26 * Barcelona



CHICUELO



Manuel Jiménez Moreno CHICUELO

*Para mi querido amigo el
inteligente aficionado y primer
"chicuelista" de España,
Enrique García Cellalbo,
"Carrasclás".*

UNO AL SESGO

I

Manuel Jiménez y Moreno, "Chicuelo", nació en la calle del Betis del Barrio de Triana, de la ciudad de Sevilla, el día 15 de abril de 1902, y su padre fué el matador de toros del mismo nombre, apellido y alias, fallecido prematuramente, a consecuencia de traidora dolencia, cuando el torerito que nos ocupa contaba cuatro años aproximadamente.

Eduardo Borrego, "Zocato", era casado, lo es todavía y por muchos años lo sea, con una hermana del difunto "Chicuelo", y al morir éste, a su casa se trajo a la familia de su cuñado, que había quedado en situación lamentable, porque los ahorros no cuantiosos del pobre Manuel, la enfermedad que lo llevó al sepulcro dió también al traste con ellos; así pues, de Triana se trasladó la familia a la calle de la Feria, cuando el futuro as contaba como se ha dicho, cuatro años, teniendo el animoso "Zocato" que luchar contra viento y

marea para subvenir a las necesidades de una numerosa familia... de suegros, cuñados y sobrinos, pues hijos no le quiso conceder el cielo, quizás teniendo en cuenta que para los parientes por afinidad necesitaba de todas sus energías.

“Zocato”, unas veces como banderillero de Enrique Vargas “Minuto”, otras como organizador de fiestas tuarómacas, más de una invernando en América, mal que bien, iba saliendo adelante, y así fueron pasando años.

“Un día... cuenta un biógrafo, se había organizado una becerrada en “La Venta Taurina”, una placita muy mona, pegadita a Sevilla, al alcance de la mano, como aquel que dice. Los aficionados de por allá la conocen de sobra. Tiene un parecido a la Puerta de Hierro de Madrid. En ella se daban muchos festejos taurinos que organizaba, en su mayoría, el tío Eduardo, y a ellos asistían señoritos que gustaban de estas fiestas.

La de este día era una fiesta grande. Lidia de un becerro a cargo de jóvenes aristócratas de Sevilla, y merienda, a cargo también de un cocinero acreditado.

A esta encerrona asistió el hijo de “Chicuelo”.

Al final, cuando los ánimos estaban más decididos y cada cual había narrado sus impresiones, y algunos habían descrito minuciosamente la sensación de los coscorrones recibidos, el señor Eduardo, como le llamaban algunos de sus incipientes discípulos, se encarró con el sobrino, que durante el dulce yan-

tar no había dicho esta boca es mía, y le espetó de sopetón, a modo de postre:

—¿Y qué? ¿Tú quieres torear?

Y el chiquillo, cuadrándose como un quinto y mirándole fijamente, con aquellos ojazos que eran una bendición, le contestó con firmeza:

—¡Sí, señor!

—Pue, ¡ea! — dijo, como el que toma una determinación decisiva — ¡Coge un capote y al avío!



Cogió el tío otro capote, ordenó que soltaran el torete, se puso a la verita del muchacho y...

¡Qué gracia y qué soltura, y con qué habilidad se despegaba el novillo del cuerpo! Los señoritos, que aun sentían en sus carnes el dolor de los coscorriones recibidos, estaban asombrados. ¿Pero era posible eso? ¡Qué un chaval, un mocoso...!

“Y el tío, entusiasmado como el que más, cogió el trapo que a manera de capote usaba el sobrino; tomó un palo, lo dió en forma de muleta; le dió otro con un pincho en la punta y el chiquillo, como si llevara en la cabe-

za una idea mucho tiempo mantenida, sin haberla podido realizar jamás, en cuanto se vió con la muleta en la mano izquierda y el palo en la derecha, a quisa de estoque, frente al novillo, arrancó todo seguido, con esa gracia, esa decisión y ese arte que hoy tiene y que todos le admiran. Y metiendo la muleta en los mismos hocicos del toro, y cruzando, como si se lo trajera ya hecho, colocó un pinchazo delantero, en el cuello, sí, hasta donde le alcanzaba el bracito; pero saliendo limpio y fácil por los costillares.”

“Y desde entonces empezó el verdadero aprendizaje del muchacho. En cuanto había ocasión, al campo, al aire libre, a respirar a pleno pulmón. Y un rato con el capote y otro con la muleta, para dar soltura a los brazos, fortaleza al cuerpo y agilidad a las piernas, y, más que nada, para familiarizarse con ambas cosas a fuerza de ejercicio. Y todo esto acompañado de las lecciones y consejos que le daba su tío Eduardo, aprendidos con lo que él había hecho con los toros y había visto hacer a los demás.

Y cuando el chaval, algo espigadillo, no había apuntado sus diez añitos en el haber de su vida, ya comenzaron de lleno las lecciones prácticas, ingresando en la Escuela Taurina de Sevilla.

Y unas veces en la escuela, otras en la placita de la “Venta” y en la de “La Huerta del Lavadero”, que habían construído para su recreo los hermanos Gómez Ortega, el muchacho se fué haciendo, se fué entrenando, con

verdadero deseo de ser y llegar. Y era de ver al *chavea*, como le decían los que le consideraban como un chico en grande, con sus pantalones cortos, su chaquetilla ajustada por el cinturón y su gorrilla bien encasquetada en la cabeza, con qué habilidad jugaba la muleta.

Y una tarde de abril, gracias a don Antonio Pickman, mató un becerro en una plaza construída en el pueblo de Dos Hermanas por el distinguido aristócrata."

La suerte estaba echada: Manolito sería torero, como lo fué su padre, como lo era su tío Eduardo, como lo es en Sevilla todo chaval que siente en su pecho la natural ambición que tantas cosas estimulan, en aquel ambiente, el más propicio a semejantes vocaciones.

Ya decidido que Manolito había de seguir la profesión de su padre, en octubre de 1913, en la "Venta de Carancha", escuela taurómaca de Sevilla, se organizó una fiesta, en la que Manuel Arjona y Manuel Giménez Moreno, "Chicuelo", habían de estoquear dos becerros, y por lo que respecta a nuestro toterito, el éxito no puede ser más rotundo.

Por sus maneras, por su arte, por su intuición, dejó asombrados a los que aquella prueba presenciaron.

Así lo afirma el biógrafo que sigo y del que quiero reproducir el siguiente párrafo:

"Le concedieron la oreja y las dos orejas y el rabo y hasta el becerro, y el público que había asistido a esta fiesta de la escuela, en un férvido entusiasmo, cogió al mocete en

brazos ¡ como un niño que era! y en brazos lo paseó por las calles de Sevilla, a así lo llevaron hasta su casa del barrio de la Macarena, seguido de una multitud que a cada paso iba engrosando a medida que los curiosos se enteraban del suceso.”

La prueba era definitiva.

A acabar de hacerse torero, decidió su tío Eduardo que fuera el chiquillo a Salamanca, donde acogidos con esa hidalguía castellana de que tantas pruebas vienen dando los criadores de reses bravas de aquel campo, sobrino y tío encontraron en seguida amigos y protectores que les facilitaron, en lo que en su mano estaba, los planes que allí llevaron.

Dos o tres inviernos dedicados al toreo en cuantos tentaderos realizaban aquellos ganaderos, hicieron de “Chicuelo” el torerito completo, en lo que al conocimiento de su profesión se refiere, ampliando la base en que su personalidad tan sobresaliente pudo destacarse.

Porque en “Chicuelito”, la personalidad, es decir, lo personalísimo, lo peculiar, lo propio, lo inconfundible de su arte, es lo que le dan su más elevado valor...

Pero de eso hablaremos a su tiempo y con despacio. Ahora es hora de acumular datos y hechos.

Con “material de enseñanza” a su disposición, a vacas y becerros nos referimos, y profesor de la experiencia de Eduardo Borrego a su lado, afición y ganas de ser torero, los progresos del muñeco fueron la admiración

LOS ASES DEL TOREO

de los salamanquinos, como ya su intuición y maneras lo habían sido de los sevillanos.

Así las cosas, llegó el año 1917, y el 14 de junio, día de San Juan, en la propia plaza de Salamanca, se dió una novillada, en la que Manolito vistió por primera vez el traje de luces, alternando con un tal Bernardo González y Juan Luis de La Rosa, en la lidia y muerte de seis becerros de don José Manuel García, procedentes de los Arribas, de Guillena, hoy de don Nemesio Villarroel.



De su primer becerro le concedieron la oreja, y por su arte y variedad toreando fué ovacionado toda la corrida, de la que se habló mucho en Salamanca, por lo que a "Chicuelo" especialmente se le vió hacer.

Volvió a torear el día 30 con La Rosa, ganado de don Andrés Sánchez, de Buenabarra, de la misma procedencia que el anterior, (hoy de don Gabriel González), y ese día cortó Manolo dos orejas.

El 25 de julio, siempre en Salamanca, alternó con Manolo Granero y Valls y "Reverte" de Valencia; el 5 de agosto, con Granero nuevamente, después de la feria, a fines de

septiembre, con Juan Luis de la Rosa y Manolo Granero, dió la última corrida, en la que los tres chiquillos, después matadores de toros y de los cuales el malogrado Granero tan alto llegó, pusieron al rojo el entusiasmo de los salamanquinos.

Entre Salamanca y otras plazas castellanas, toreó "Chicuelo" en 1917, doce corridas.

Ocho toreó en 1918, en que "Zocato", más que al lucro atendió a preparar a su sobrino para que pudiera entendérselas con el novillo, pues hasta entonces sólo con becerros había actuado.

Comenzó en 1919, el 16 de febrero en la Plaza Vieja (Barceloneta), de la ciudad condal, como novillero, alternando con Emilio Méndez y Francisco Peralta "Facultades", y novillos de don Pedro Salvador, hoy de doña Enriqueta de la Cova, y no pudo ser mejor la impresión que el niño causó a los aficionados barceloneses, desde el primer quite, n que se reveló la clase de torero que ante sus ojos tenían.

En Sevilla hizo un presentación el 19 de abril, con reses del marqués de Albaserrada, hoy de don José Bueno, acompañándole José Carralafuente y Juan Luis de La Rosa; en Madrid se presentó el 8 de agosto, novillos de don Antonio Flores, antes del Duque de Braganza, alternando con García Reyes y Joselito Martín.

La última novillada la toreó en Ecija, el 27 de septiembre, con ganado de don Narciso Darnaude, antes Gregorio Campos, en com-

LOS ASES DEL TOREO

pañía de José Puertas, "Pepete" y Juan Luis de La Rosa.

El 28 del mismo mes, en la plaza de la Maestranza de Sevilla, Juan Belmonte le dió la alternativa cediéndole la muerte del primer toro perteneciente al conde de Santa Coloma. Era el otro matador Manolito Belmonte.



Como matador de novillos en 1919, toreó 44 corridas; y no fueron más porque a consecuencia de la cogida que sufrió en Barcelona el 22 de junio, tuvo que permanecer inactivo veinte días, y por huelgas y otras causas, perdió más de quince.

Desde la alternativa al 26 de octubre, que acabó la temporada en Murcia, como matador

de toros toreó seis corridas, y doce fueron las reses estoqueadas.

Confirmó la alternativa en Madrid, de manos de Rafael Gómez "Gallo", en la corrida de la Prensa, celebrada el 18 de junio, en la que mató al toro "Volandero" de Veragua, y en esa temporada de 1920 toreó 63 corridas y estoqueó 133 toros.

No siempre durante esa temporada, vinieron bien dadas por el novel matador, y si es justo consignar que muchas veces, más se esperaba de él, en general sostuvo su reputación de excelente torero, por que cuando no una faena completa ni menos una tarde redonda se le pudiese apuntar en su haber, siempre hubo algún detalle, que proclamaba la excelencia de su arte.

En 1921, "Chicuelo", continuó sosteniendo su cartel en las 69 corridas y 142 toros estoqueados, y aunque contra él arreciaron las campañas de prensa, sin que me toque a mí decir si justa o injustamente, pues de todo con seguridad debió de haber, es lo cierto que Manolo siguió ocupando lugar prominente en el escalafón toreril, y el número de los que en él apreciaron las más brillantes cualidades fué ese año, con corta diferencia, el mismo que el anterior.

Acabada la temporada marchó al Perú y en la plaza de Lima hizo su presentación a fines de diciembre con éxito extraordinario, y en esta excursión tomó parte en 6 corridas y estoqueó 16 toros.

En España toreó en 1922, 44 corridas y ma-

LOS ASESES DEL TOREO

tó 88 toros. Su salud no era muy lozana y algo se resintió la temporada de ello, pero "Chicuelo" continuó siendo el torero excepcional que en una tarde de fortuna borra veinte de desgracia.



La campaña de 1923 fué muy brillante y en ella abundaron las tardes de triunfo.

Corridas toreadas, 37; toros estoqueados, 80.

En 1924, fué la cosa más desigual, pero en las corridas de feria de San Miguel, en Sevilla, y el 12 de octubre, en la misma ciudad, rayó a esa altura que sólo a los grandes artistas son asequibles.

Toreó 39 corridas y mató 83 toros.

El invierno de este año lo pasó en México, donde realizó una de sus más brillantes campañas.

La de 1925, fué una temporada desigual, y si en algunas plazas no dejó el pabellón bien

sentado, en Figueras, el 4 de mayo y en Barcelona el 12 de julio tuvo dos triunfos tan resonantes, que aun hoy hablan los aficionados que las presenciaron, de aquellas dos magnas corridas.

Toreó 41 corridas y mató 84 toros.

En México, donde realizó la temporada de invierno, pues ya es allí su presencia indispensable para los aficionados, llevó a cabo faenas de esas que hacen de este torero el artista privilegiado, a quien el público perdona un día y otro, porque sabe que al tercero obtendrá cumplida compensación.

En 1926, *Chicuelo* ha continuado siendo *Chicuelo*, es decir, ese artista de que se habla en el párrafo anterior.

Ha toreado 41 corridas y ha matado 91 toros.

Terminada la temporada en España, embarcó, como lo viene haciendo desde 1924, para México, y allí se encuentra cuando se escriben estas páginas.

Hasta hoy, es cuanto la vida torera de Manuel Giménez ha dado de sí.

III

Y digamos ahora lo que de *Chicuelo* opinamos:

En 1921, en la edición anterior de esta biografía, escribí lo que en 1926 me sigue pareciendo bien:



Yo no recuerdo, decía entonces, en cuarenta y tantos años de aficionado, torero que haya toreado más bonito que éste; lo cual, fíjese bien el lector, no es decir que el hijo de "Chicuelo", de aquel otro Manuel Giménez, que se malogró para la tauromaquia en edad temprana, sea el mejor torero que yo he conocido, pues no es eso precisamente lo que yo trato de expresar. Además, la categoría de ese muchacho en el toreo, no es lo importante ahora, y por lo tanto, su puesto en el escalafón no me preocupa.

Torero bonito como ninguno en la mayoría de los lances y actitudes, sin más que esa gracia, que ese garbo, que esa sal, arrebató a los públicos, que no pararon hasta hacerle matador de toros y colocarlo en primera fila, al mismo lado de los ases.

Tenemos a Manolo con su alternativa a los diez y siete años y medio, a la misma edad, días más, que la obtuvo Joselito, y a los diez y ocho compartiendo con las primeras figuras los entusiasmos de la afición.

Estudiemos el caso porque sería temeridad suponer que los públicos, deslumbrados por la bonitura de que antes he hablado, sin más fundamento, elevaran al chiquillo a inmerecidas alturas, en las que el mantenerse resultaba árdua empresa para las fuerzas de tan endeble criatura.

Los públicos, "la afición", pudo ocurrir que aceptase como suficiente una prueba, que acaso no lo fuera, pero no debe olvidar el lector aficionado que cuando *Chicuelo* se presentó en las plazas como novillero, de sus proezas como niño prodigio, de su arte, se venía hablando ya hacía cuatro años; por lo menos no fué una revelación para los aficionados, sino más bien una confirmación lo que en él apreció. Que no es lo mismo...

Aquel niño confirmaba lo que de él se había asegurado, y revelaba una condición, además: la personalidad.

Manuel Giménez, desde el primer momento de su vida profesional, acusó tanta personalidad, que bien se puede afirmar que más que

él no la acusó nadie. Haciendo lo que todos han hecho, lo hace tan diferente, da un sello tan especial, tan inconfundible a lo que hace, y resulta tan bonito, tan artístico lo que remata, que ciego ha de ser quien no lo descubra, y poco amante de la belleza y de la gracia en la apostura y en el movimiento quien no lo admire.



¿Justifica esto — me preguntará el lector — el apasionamiento de sus partidarios?

¿Es bastante para que, por eso únicamente se le haya encumbrado, hasta colocarlo en la primera fila?

Vayamos por partes.

En primer lugar, yo soy de opinión que el que un artista escale un alto puesto en la consideración pública, no compromete al que con su aplauso ha cooperado al ascenso, a continuar aplaudiendo por el mero hecho de haber batido palmas en una ocasión; y sin

que negarlas cuando deje de merecerlas signifique mudanza ni cambio de criterio, ni siquiera implique equivocación, puede abstenerse de tocarlas y hasta trocarlas en censuras.

Pues bien; esto sentado, *Chicuelo* se presentó ante los públicos, y si en relación con su edad hacía cosas admirables en la lidia de reses bravas, juzgado sin tener en cuenta más que el valor intrínseco de su labor, ésta resultaba muy por encima de la que en general llevan a cabo la mayoría de los diestros.

¿Qué aventura se corre en reconocerlo así, decirlo, y colocar al chiquillo en la categoría que por su arte ha conquistado?

No; es que no se debe ser impresionable, es que hay que esperar.

¿Esperar, a qué?

¿A que deje de hacer lo que hace?

Pues, no es necesario; cuando eso ocurra, con apearle del sitio que ocupa estamos al cabo de la calle.

Aquí, lo único interesante es averiguar si aquello que le hemos visto ejecutar una tarde y otra al diestro merecía nuestro entusiasmo.

¿Está averiguado?

Pues entonces, no hay más que hablar. Bien hicimos en entusiasmarnos y dejarnos llevar de un optimismo creador de esperanzas e ilusiones, siempre preferible al escepticismo que no deja gozar del momento presente y cierra todos los horizontes para lo futuro.

No, *Chicuelo*, no es un torero general, dominador, fuerte, de recursos, que con todos los toros pueda ni de todos saque partido. Es

LOS ASES DEL TOREO

otra cosa, y si para juzgarle hay que esperar a hacerlo con el toro "contra estilo", que diría el *Gallo*, los escépticos se salen con la suya.

Pero es más; aun en el caso de que en algunas corridas de las por él toreadas, Manolito no haya puesto de manifiesto aquel celo, aquel ardor, aquel entusiasmo que por



su edad se le podía exigir, ¿acaso eso significaría que lo que ha hecho de gran mérito otras tardes no lo había hecho?

Vamos a poner que los optimistas se dejaron llevar de su optimismo, pero a condición de que los pesimistas convengan en que exageran su pesimismo, se complacen en exagerarlo, probablemente porque desde un principio creyeron postura más cómoda la escéptica, y en ella se mantienen.

El año próximo, dentro de tres años, podrá el torero sevillano huírse por completo, no arrimarse, olvidar lo que sabe, perder hasta

la figura, pero eso no será obstáculo para que haya realizado hermosísimas faenas, con el capote y con la muleta, tan hermosas y tan grandes, como las mejores de los toreros más famosos.

¿Qué es lo que hay que tener presente para juzgarle?

¿Las tardes de apatía, de desaliento, de dejadez, de abandono?

¿Su labor con toros de difícil dominio, o faltos de bravura, o broncos o que no embistieran derecho?

Lo repito; así, con *Chicuelo* y con el 99 por ciento de los que visten taleguilla, los pesimistas, los descontentadizos, toda la caterva de pájaros de mal agüero, se salen con la suya.

Yo creo que en esas tardes y con esos toros, en todo aquello que el torero se haga acreedor a la censura, debe censurársele. Sobre todo cuando no haya puesto de su parte todo lo necesario para demostrar al público deseo de complacerle; pero de ahí a negarle su historia entera y a borrar todo su haber, se me antoja que hay una enorme distancia.

Ahora analicemos lo que *Chicuelo* le hace al toro y a ser posible, veamos cómo se lo hace, y digo a ser posible, porque es muy difícil dar idea de la forma, cuando en la forma radica precisamente todo el valor de las suertes que este torero ejecuta.

No basta la técnica taurómaca para que el lector, con respecto a ella, forme concepto acabado; viene aquí como anillo al dedo hablar

LOS ASES DEL TOREO

de la estética, es decir, de la filosofía de la belleza, no para describir, sino para confesar que no se puede hacer, lo que hay de admirable en la actitud, en el movimiento del cuerpo humano, cuando está poseído de la Gracia.

Su arte con el capote es maravilloso; sus verónicas, sus farolillos, sus lances de delantal, esos otros lances por él inventados que



tienen algo de verónicas y algo de navarras, y algunos han bautizado con el nombre de *chicuelinas*, su media verónica, son inmejorables, por la gracia que pone en ellos, por el temple, por lo toreado que lleva al toro, por lo cerca que le pasa siempre, por la naturalidad con que todo lo realiza, tan fácil, tan grande, tan airoso, tan gallardo, que no se concibe que de otra manera mejor pudiese hacerlo.

No torea a punta de capote casi nunca, y es una lástima.

Con la muleta, el pase natural con la izquierda es suyo, por lo suave, por lo que man-

da, permitiéndole esta cualidad de su trasteo repetir varias veces ese pase, en que realmente parece que se pasa al toro todo entero por delante del pecho en la repetición,

El pase de pecho suyo es elegante y valiente y ha introducido una variedad de él, dándole de *costadillo*, a pie firme, que es muy vistosa.

Con la derecha torea igualmente con elegancia y vistosidad y su repertorio es una mezcla del toreo clásico y el moderno, en el que todo lo aportado por otro diestro y él mismo es ejecutado sin desplantes y efectismos, que por lo demás no necesita.

Como matador se limita a cumplir decorosamente, pero no carece de estilo y de vez en cuando se va recto detrás de la espada; pero, como ocurre a todos los buenos toreros, no es su fuerte la suerte suprema.

De novillero solía banderillar, y siempre se lo vi hacer "al quiebro", con las cortas.

Tiene poca habilidad para descabellar, y al ser corto de brazos aumenta la dificultad, por lo que si los toros no están bien heridos, a veces tarda en acabar con ellos.

Tal es el artista y eso es a mi juicio lo que hace.

¿No basta con ello para justificar su fama y renombre?

Creo que sí, y el lector que conoce a este torero, cree lo mismo.

Como Rafael el *Gallo*, quizás como *Cúchares*, *Chicuelo* pertenece a esa categoría de lidiadores intuitivos que obedeciendo sólo a la inspiración, crean el arte que profesan, en

el momento mismo de practicarlo; y esto tal vez explique las grandes desigualdades que tanto en Rafael como en Manolo se observan. El oficio, el mero oficio, aun conociéndolo como el mejor, no les basta para revelarse en todo lo que son, como es el caso de otros excelentísimos toreros que con su gran conocimiento y dominio de la técnica, logran los efectos que se proponen, haciendo lo que quie-



ren y cuando quieren, cosa imposible para los que se hallan sometidos a ese *Algo* a que vengo aludiendo de antiguo, y al que no doy nombre más concreto porque rehuyo siempre en esta clase de trabajos de todo lo que pudiera aparecer como alarde vano de otros conocimientos. Ese *Algo* que entra en funciones con absoluta autonomía, espontáneamente, sin intervención de nuestra voluntad y con arreglo a las leyes que no conocemos, lo crean determinadas condiciones, y no tiene peor enemigo que el desfallecimiento, la inseguridad, la desconfianza en sí mismo que a

veces domina, ya sea por un estado de alma favorable para ello, ya por la actitud de hostilidad con que el público acoge al artista, que preocupado con la idea de hacer las cosas mejor y poniendo toda su voluntad en ello, le resultan peor. *Chicuelo*, abandonado por ese *Algo*, deja de ser, el torero maravilloso; y juzgado con olvido de esa peculiaridad suya, que hace de él un caso único en la tauromaquia actual (doy ya por desaparecido a Rafael el *Gallo*), por una crítica demasiado formal, que se atiende con estrechez de miras vituperable a las normas de la técnica corriente, y con arreglo a ellas supone que siempre y en todo momento el torero ha de responder a su fama, juzgado así es cuando mayores dificultades se le oponen a este artista para manifestarse como tal.

¿No será esa la razón por qué *Chicuelo* tiene plazas en que casi siempre está bien, y en cambio hay otras en que casi siempre está mal?

Allí dónde torea confiado, sin preocupaciones, rara es la vez que no triunfe; y hasta en eso tiene puntos de contacto con Rafael el *Gallo*, puntos de contacto que no quiero decir que existan en su forma y manera de torear, pues siendo ambos personalísimos, en sus estilos hay enormes diferencias, tantas como existen entre cada uno de ellos y cualquier otro torero.

Para acabar, en Manuel Giménez, hay que considerar un artista que nada tiene que ver con los demás y apreciar lo que hace tal como él lo hace, porque no existe manera de compararlo con lo que hagan otros. Ni es el me-

LOS ASES DEL TOREO

Por ni el peor, es él, con tan destacada individualidad, con un modo de hacer tan genuinamente suyo, que si, como hay quien propala, su retirada del toreo ya es cosa próxima, los que no hayan alcanzado el placer de admirarlo en una de sus buenas tardes, difícilmente podrán concebir hasta donde puede llegar la vistosidad, la gracia, la belleza de un ejercicio tan rudo y expuesto como el de torear practicado por *Chicuelo*.

Diciembre, 1926.

FIN

Se publicará en febrero

De la sangre del toro

NOVELA PICARESCA POR
TOMAS ORTS-RAMOS



Un apoderado que ha sido antes «aficionadillo», casi torero, botones de un empresario, mozo de estofes, representante de empresas, cuenta sus hazañas y andanzas de su vida picaresca y las de otros parásitos, que como él, viven y medran «de la sangre del toro».



Un volumen de cerca de 300 páginas: 4 pesetas

EDICIONES LUX - ARIBAU, 26 - BARCELONA

Los Ases del Toreo

NUEVA SERIE

Biografías y estudios críticos de los principales matadores de toros de la actualidad

POR UNO AL SESGO

Chicuelo	Gitanillo
Lalanda	Villalta
Nacional II	Algabeño
Maera	Agüero
Olmos	Litri
Barajas	Niño de la Palma
Ventoldrá	Lagartito
Valencia II	

Estas biografías han sido juzgadas por la Prensa como los estudios más completos hasta el presente hechos de los toreros a que se refieren. Las múltiples ediciones publicadas proclaman el gran éxito obtenido por su autor, el renombrado escritor taurino UNO AL SESGO.

LOS NOVILLEROS PUNTEROS.—Julio Mendoza Palma. 1 peseta.

UNO AL SESGO.—A los cuarenta y tantos años de ver toros. 2 pesetas. El mayor éxito de librería.

DON VENTURA.—Efemérides taurinas. 1 peseta. Cuadernos mensuales.

UNO AL SESGO Y DON VENTURA.—Toros y Toreros en 1926. 5 pesetas.